

Actualidad de los Estudios culturales

Autor: Jorge Humberto Ruiz Patiño
Docente programa de Sociología

Para citar este artículo:
Ruiz, J. (2023). Actualidad de los Estudios culturales. *Revista Espacio Sociológico*. (4). E-ISSN: 2805-7007

En torno al ambiente intelectual, académico y político que se vivía en 1970 en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos en Birmingham, Lawrence Grossberg comentaba que la cultura se había constituido, en aquel momento, en el objeto por excelencia de transformación social (Grossberg, 2010). El surgimiento de los estudios culturales en la ciudad británica respondía a un contexto marcado por la circulación masiva de objetos culturales (literatura, música, arte) que, producidos desde diferentes posiciones del espectro social, ponían en cuestión la idea de la cultura como un reflejo mecánico y exclusivo de la forma de vida de las élites. La distinción entre lo culto y lo popular no solamente se mostraba incapaz de expresar los complejos flujos culturales entre diferentes grupos sociales sino que, en tanto categoría y representación, constituía el sustento enmascarado de las jerarquías entre clases sociales.

El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos, con el impulso de Richard Hoggard, Raymond Williams, E. P. Thompson y Stuart Hall, puso a la cultura en el centro del debate político de aquel momento, no solo por su capacidad de subvertir las jerarquías sociales sino, especialmente, porque desde ella era posible pensar las formas como se experimentaba el poder desde la subalternidad. Así como en la cultura se inscribían las interpelaciones constitutivas de los sujetos subalternos, también en ella se encontraban las resistencias al poder o las producciones de sentido que, en palabras de Hall (2013), excedían dichos procesos de subjetivación. Si se considera que la acción social es contingente, las prácticas culturales contenían un elemento de creatividad que evitaba la recepción pasiva de los productos culturales y, por tanto, la

“

su capacidad de subvertir las jerarquías sociales sino, especialmente, porque desde ella era posible pensar las formas como se experimentaba el poder desde la subalternidad.

reproducción sin más de las pautas ideológicas de dominación.

Desde entonces, los Estudios culturales se han constituido como un campo académico cuya definición más clara tal vez sea el constante debate acerca de cuáles son los elementos que lo definen y diferencian de otros campos y disciplinas. Aquí aparecen cuestiones acerca de sus fronteras respecto a subdisciplinas como la sociología de la cultura, la antropología cultural o la historia cultural, o discusiones acerca de si cualquier indagación académica que aborde un objeto de la cultura (por ejemplo, los estudios literarios), cualquier preocupación político-académica sobre algún grupo subalternizado o cualquier elucubración teórica que incorpore conceptos como biopolítica, articulación o representación, puede inscribirse en los Estudios culturales (Restrepo, 2014).

Más allá de estas cuestiones, de si esto o aquello puede considerarse un abordaje desde los Estudios culturales, la pregunta que se debe hacer es si la cultura ocupa hoy el lugar que los teóricos de Birmingham le asignaban en los años 70 y que siguió ocupando durante el resto del siglo XX, y si los Estudios culturales tienen hoy las mismas posibilidades de desarrollo que gozaron durante su apogeo. Una evaluación rápida identificaría la permanencia de los elementos que dieron lugar a la reflexión sobre distintos procesos de subjetivación inscritos en la red de implicaciones entre cultura y poder: los objetos culturales circulan y son consumidos de manera masiva por diferentes actores sociales y su producción se desarrolla por fuera de los cánones de la autoridad estética, diversos sectores mantienen reivindicaciones político-identitarias dirigidas al Estado y la sociedad, y el debate público sobre el derrotero de las sociedades se alimenta de representaciones que reproducen las clasificaciones y jerarquías sociales.

Sin embargo, no todo es exactamente igual. Los efectos que la revolución digital ha tenido sobre todos esos asuntos pueden percibirse fácilmente. Por un lado, la cadena creativa de objetos culturales ha abandonado su estructura lineal por etapas (creación-producción-distribución-acceso-participación) para adoptar un funcionamiento en forma de red dentro de la cual cada término del proceso interactúa simultáneamente con los demás en tiempo real (Kulesz, 2018). Esto implica un descentramiento de la cadena creativa ya que un mismo agente puede ocupar al mismo tiempo diferentes posiciones, lo que permite eliminar los sesgos de la intermediación en el proceso de distribución y crear

oportunidades para que múltiples agentes, y no solo los autorizados, se incorporen a los circuitos de producción cultural. Todo esto ha profundizado la eficiencia de los procesos creativos y aumentado la disponibilidad de objetos culturales que son consumidos a gran velocidad. Hoy un objeto cultural puede desaparecer fácilmente sin dejar marca en el mapa cultural de una sociedad.

Por otro lado, gracias a la interacción en redes sociales, grupos subalternizados y nuevas ciudadanías han expandido el margen de divulgación de sus reivindicaciones y ganado terreno en la discusión pública de los sustentos ideológicos de la desigualdad y la discriminación. Esta situación, sin embargo, encuentra su correlato en grupos antiderechos que difunden con la misma o mayor capacidad diversos discursos de odio contruidos sobre representaciones y estereotipos de clase, raza o género. Si se piensa en la era de la posverdad, la cultura digital modifica sustancialmente los términos de lo que, en palabras de Touraine, sería la lucha por el control de las orientaciones culturales.

Tres son las cuestiones que en la era digital deben encarar los Estudios culturales. En primer lugar, si las sociedades contemporáneas se caracterizan, como plantea Rosa (2016), por el signo de la aceleración social, que implica tanto el aumento de los procesos productivos por unidad de tiempo como el imperativo cultural de incrementar el cúmulo de actividades en la vida cotidiana, se entiende que esto disminuye la capacidad que tienen los sujetos para crear relatos con sentido (Chul Han, 2015), aspecto que constituye, precisamente, una de las piedras angulares de los Estudios culturales.

Por otro lado, el lugar que ocupa la tecnología en nuestras vidas no es el de la intermediación para facilitar el flujo de significados entre sujetos, quienes a la vez serían los poseedores exclusivos de la capacidad para producir sentido. Más allá de esto, si se está de acuerdo con Latour (2015), los objetos tecnológicos poseen la capacidad de transformar los significados, son mediadores con un grado de agencia y se imbrican con los sujetos en la producción de sentido. Se podría decir, parafraseando a Martín-Barbero (2003), que pasamos de los medios a las mediaciones y de ellas a los mediadores. Así, los Estudios culturales se encuentran con la necesidad de identificar las dinámicas de subjetivación, clasificación y resistencia que se producen en nuestras interacciones con los distintos objetos tecnológicos, especialmente con las llamadas culturas algorítmicas

(Sued, 2022).

Finalmente, los Estudios culturales se encuentran en la necesidad de interactuar con otros campos del conocimiento que han incorporado a su quehacer el abordaje interdisciplinar respecto a sus áreas de estudio, tal como fuera una de las pretensiones iniciales de los fundadores del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos. Así, los Estudios sociales de la ciencia y la tecnología, los Estudios migratorios y los Estudios feministas dirigen su trabajo a problemas relacionados con las transformaciones culturales impulsadas por la emergencia de nuevos objetos tecnológicos, con las tensiones sociales que suponen las migraciones masivas de nuevos sujetos subalternizados, y con las aperturas epistemológicas implicadas en las luchas de movimientos que reivindican la diversidad sexual y de género.

Si la cultura tiene hoy un lugar en el análisis del poder y las jerarquías sociales, debe buscarse en la intersección entre la producción efímera de sentido –potenciada por la aceleración tecnológica– y las formas como se ejerce la resistencia cultural en dicho contexto, es decir, en los efectos que aquello tiene en la circulación y sedimentación de reivindicaciones sociales y culturales.

Referencias Bibliográficas

Grossberg, L. (2010). Estudios culturales. Teoría, política y práctica. Letra Capital.

Hall, S. (2013). El trabajo de la representación. En Restrepo, E., Walsh, C. y Vich, V. Stuart Hall. Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en Estudios Culturales (459-493). Universidad Andina Simón Bolívar.

Han, B. (2015). El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse. Herder.

Kulesz, O. (2018). Las políticas culturales en la era de las plataformas digitales. En UNESCO. Repensar las políticas culturales: creatividad para el desarrollo (71-85).

UNESCO. Re|pensar las políticas culturales: creatividad para el desarrollo, Convención de 2005: informe mundial, 2018 - UNESCO Biblioteca Digital.

Latour, B. (2008). Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red. Manantial.

Martín-Barbero, J. (2003). De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía. Convenio Andrés Bello.

Restrepo, E. (2014). Estudios culturales en América Latina. Revista de estudios culturais, 1 (1), 1-12. Estudios culturales en América Latina | Revista Estudos Culturais (usp.br).

Rosa, H. (2016). Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía. Katz Editores.

Sued, G. (2022). Culturas algorítmicas. Conceptos y métodos para su estudio social. Revista mexicana de ciencias políticas y sociales, 67 (246), 43-73. <https://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/78422>